

**El final**

# El final

ATTILA BARTIS

TRADUCCIÓN DE JUDIT FALLER

Y ANDRÉS CIENFUEGOS



sextopiso

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*A vége*

Copyright © ATTILA BARTIS, 2015

Primera edición: 2020

Traducción

© JUDIT FALLER Y ANDRÉS CIENFUEGOS

Imagen de portada

© LEONARD RB en UNSPLASH

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020

América 109,

Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

GRAFIME

Impresión

COFÁS

ISBN: 978-84-17517-98-4

Depósito legal: M-18433-2020

Impreso en España



La traducción de este libro ha recibido una ayuda de Hungarian Books & Translations Office, Petőfi Literary Museum



Cofinanciado por el  
programa Europa Creativa  
de la Unión Europea

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

«Compro cuna, aunque sea usada».  
Breve anuncio en el *Periódico*  
*Popular de Marosvásárhely*

## PRIMERA PARTE

En la madrugada del sábado, al ir al aeropuerto, todavía no se había disipado la niebla. Cuando el taxi giró hacia la terminal dos, en la zona periférica de la ciudad, apareció tirado en medio de la carretera un perro negro. Aún se convulsionaba. Debía de haberlo atropellado el coche que acababa de adelantarnos a toda velocidad. El taxista frenó, se echó a un lado y se bajó. Sacó de debajo de su cazadora un trozo de cable de acero, le dio dos golpes al animal en la cabeza y, agarrándolo luego por las patas traseras, lo arrastró hasta el borde de la calzada. Disculpe, dijo al volver a sentarse. No pasa nada, le contesté.

Soy Andrés Szabad,\* fotógrafo de cincuenta y dos años. Bastante reconocido. Muy reconocido, para ser más exacto. Está claro que esto, en sí mismo, no es un motivo como para que uno cuente su vida.

Iba a Estocolmo a hacerme unas pruebas.

Llevo dos años sin hacer fotografías. Desde que murió Éva.

Ante todo, quiero dejar claro que no creo en Dios. Durante mucho tiempo no pensé que fuese así, pero ahora no tengo dudas. Naturalmente, aquí no se trata de una cuestión de Dios, sino mía. No hay fe en mi interior. Y la esperanza sin fe no es más que el cálculo de determinadas probabilidades. Y como tal, como todo tipo de cálculo, es algo ridículo.

Por ejemplo: que el médico de Budapest confunda por casualidad dos resultados.

O sí, o no.

\* Szabad, en húngaro, significa «libre». [Todas las notas son de los traductores, a menos que se indique lo contrario]

No obstante tengo que reconocer también que aunque indudablemente no sea yo apto para encontrar en Dios la causa de ello, existe sin embargo en el mundo una especie de providencia. Puede que sea más poderosa que nosotros, e incluso que brote de nosotros mismos. Nadie podrá saberlo.

Kornél me dijo que escribiera mi vida, que si uno la contempla en su conjunto, este tipo de cosas suelen resolverse solas.

(BUDAPEST, OTOÑO DE 1960)

De hecho, de aquellos tiempos sólo recuerdo la oscuridad. O mejor dicho, la opacidad. Opacidad que impregnó también, precisamente, los tres años anteriores a mi llegada, junto a mi padre, a una Estación del Este que apestaba a alquitrán. Daba igual que cada mañana amaneciera, la luz no hacía más que tornar gris la negra oscuridad. Era una oscuridad completamente distinta a la de los tres años anteriores. El final de aquella primera oscuridad podía saberse. Había un papel sellado que te remitía a tres años. Aunque no especificaba que sería una sombra y no mi padre lo que saldría entonces de la cárcel, ni tampoco que, debido a esos tres años, la que iba a morir, apenas mi padre cruzara la puerta de casa, sería mi madre. Pero sabíamos que eran tres. Y no existía ninguna ley de la naturaleza, ninguna fórmula física inquebrantable, que fuera más importante que aquella certeza: tres. Y por nada del mundo se habría muerto mi madre al primer o segundo año. Si debían ser tres, que fueran tres. Así que como mínimo tendría que esperar a que la sombra de mi padre llegase a casa.

Buscamos un bar para que comprara cigarrillos, luego nos encaminamos hasta esta casa de vecindad. Por lo general sigo viviendo aquí. Los zapatos se le habían quedado pequeños. Bueno, en un principio eran de su número, pero para cuando hizo el equipaje se le habían hinchado los pies, y ni con su bastón podía caminar bien. Le pedí la maleta, pero no me la dio,

prefirió parar en cada esquina a descansar. Conocía el camino, ya había estado aquí, así que no hubo que ir preguntándole a nadie.

Las tiendas empezaban a abrir y ya se veía gente por las calles. Al llegar, el portero estaba arrastrando los cubos de la basura hasta la acera. Mi padre lo conocía también, nos presentó y subimos al piso.

La llave giró con dificultad, en la entrada no había luz. En cada habitación colgaba una bombilla desnuda de veinticinco. Éstas funcionaban. En la cocina una de cien. Mi padre me preguntó qué habitación elegía. Miré por las ventanas: la vista era la misma. Le dije que me daba igual, por lo que me quedé en la segunda, justo donde estábamos. Mi padre trajo mi maleta de la entrada. Anduvo con ella durante un rato, como buscándole un sitio, y al final la dejó en mitad de la habitación. Yo estaba mirando la casa de enfrente. Una mujer de edad avanzada regaba sus plantas detrás de una cortina de nailon.

Por lo demás el piso no estaba totalmente vacío, el anterior inquilino había dejado unos colchones, y, en mi habitación, entre las dos ventanas, un escritorio de madera aglomerada con su silla; en la de mi padre, un armario para la ropa. Tenía la puerta desvencijada. Y, naturalmente, también había dos estufas de cerámica. Y en la cocina una cocina de la marca Otthon\* y un aparador rojo también de aglomerado. Hacía juego con el fregadero. Fue lo primero que tiré después de la muerte de mi padre.

Cogí la silla y la puse en el centro, al lado de la maleta. Preferí sentarme allí que junto a la mesa. Al fin y al cabo aquella maleta era mía. Mi padre me preguntó si cerraba o no la puerta que había entre las dos habitaciones. Le dije que sí. Era una puerta de doble hoja; lo ayudé a bajar el pestillo. La cerramos y ya se quedó así para siempre.

\* Antigua cocina de fabricación húngara cuyo nombre de marca es «Hogar».



Oí el clic del cierre de su maleta. Después, cómo lloraba. Al rato lo dejó y volví a escuchar el clic del cierre. Luego nunca más lo oí llorar.

Me dijo que bajaba a comprar unos panecillos y algo de embutido. Le contesté que bien. Esperé aún un rato después de que cerrase la puerta de la entrada y por fin me decidí y fui a mear. Una cucaracha se me cruzó corriendo por el baño. Apagué la luz y preferí mear en la cocina, en el fregadero; luego dejé correr el agua hasta que volvió mi padre con los panecillos, los doscientos gramos de mortadela y un mapa de Budapest.

Comimos en mi habitación, porque allí había mesa. Yo me senté en la maleta, que puse de canto. Mi padre en la silla. Tiré las migas y la bolsa de papel en el váter, después mi padre entendió el mapa y me indicó dónde estábamos.

Ten en cuenta que nuestra calle es paralela a la Circunvalación Lenin. Bajas en la 7 de Noviembre y te encaminas hacia la plaza de los Héroes por República Popular. También puedes venir en metro, en cualquier caso no está lejos. O vienes atravesando Maiakovski. Corazón. Calle Corazón, 8. Lleva siempre esto contigo; así no te extraviarás, hijo mío.

De modo que lo doblé y me lo guardé, y a partir de entonces lo llevé encima durante años. Me extravié pocas veces. Pero en aquel momento no tenía ni idea de cómo llegar en tranvía hasta la 7 de Noviembre. Sólo al día siguiente me di cuenta de que vivía allí, en aquella ciudad, y que aún no había pisado la calle. Entonces saqué el mapa y miré por dónde ir hasta el Danubio. En la primera esquina a la izquierda, luego a la derecha en la Lenin hasta el final. Contando los pasos, la distancia era exactamente la misma que había, desde nuestra casa anterior, al Pequeño Bosque. Así que no tenía ninguna necesidad de tomar el tranvía.